

Benjanun Sriduangkaew

ESCAMAS
DE LUZ

Traducción de

Rebeca Cardeñoso

Corrección de

Pilar Caballero



Título original: *Scale-bright*

© Benjanun Sriduangkaew, 2014

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Rebeca Cardenoso, 2023

© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2023

Calle Acebal y Rato, 3, 33205 Gijón

www.duermevelaediciones.es

Primera edición: marzo de 2023

Ilustración de la cubierta: ©Marina Vidal

Diseño e ilustraciones interiores: Almudena Martínez

ISBN: 978-84-125725-8-2

Depósito legal: AS 00573-2023

Impresión: Solana e hijos Artes Gráficas S.A.

Printed in Spain — Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INDICE

Listado de personajes

-9-

Prefacio

-11-

Los cuervos: su puerta del dragón

-17-

Mujer del sol, mujer de la luna

-53-

Chang'e salta de la luna

-111-

Escamas de luz: Libro primero

-139-

Libro segundo

-187-

LISTADO DE PERSONAJES



Houyi / Hau Ngai: La arquera divina

Chang'e / Seung Ngo: La diosa de la luna

Julienne: joven mortal, sobrina de Houyi y Chang'e

Xihe: La diosa madre de los soles

Dijun / Daizeon: El dios padre de los soles

Guanyin / Gunyam: La diosa de la misericordia

Olivia / Xiaoqing / Siuching: La serpiente verde de
la leyenda

Bai Suzhen / Bak Seijuen: La serpiente blanca de la
leyenda

PREFACIO

La Leyenda de la Serpiente Blanca es una leyenda china en la que una serpiente blanca y otra verde (ambas taoístas practicantes que pueden tomar forma humana) se convierten en hermanas de juramento, y confían profundamente la una en la otra mientras navegan por un mundo que no está del todo cómodo con su naturaleza. Esta relación siempre me ha resultado mucho más cautivadora que el romance de la serpiente blanca con un humano, y aunque esta leyenda se ha adaptado en múltiples ocasiones —en series de televisión, óperas o películas de animación—, siempre ha conservado el mismo núcleo heterosexual. Así que me interesaba la idea de reinterpretar las leyendas chinas en clave *queer*, ya que es algo que no se hace con frecuencia. Esta es la inspiración de *Escamas de luz*, así como del relato *Mujer del sol, mujer de la luna*, que transforma al heroico arquero Houyi en una lesbiana butch. Pensé que si algunas adaptaciones bastantes famosas de leyendas artúricas presentaban al rey Arturo como una mujer ¿por qué no iba a hacer yo lo mismo?

Aunque me he percatado de que el cambio de género de personajes mitológicos específicos no es muy frecuente en la ficción de habla inglesa; sí lo es el cambio de género de personajes de cuentos de hadas, arquetipos sin nombre, pero en personajes con nombre propio es más raro. Me parece un

contraste interesante con lo que ocurre en Japón, por ejemplo.

El recurso de personajes mitológicos que aparecen en el mundo moderno es bastante común en fantasía urbana y contemporánea, pero cuando escribí esta novela corta lo habitual en el género (de nuevo en habla inglesa) era que la mayoría procedieran de la mitología nórdica, griega o irlandesa. Quería hacer algo un poco distinto, con mitos y leyendas que resonaran con más profundidad en mí, pero también quería tejer en esta historia un personaje joven y bastante corriente. No necesariamente para que representase al lector, más bien para que actuase como un catalizador que explicara cómo podían coincidir Houyi y la Serpiente Verde sin intentar matarse al instante. Creo que Julianne sigue siendo una de mis protagonistas más discretas: es joven mientras la mayoría de mis personajes principales son más maduros, están más cómodos con su camino vital, y también está bastante deprimida. La vida de una joven lesbiana en Hong Kong —o en cualquier país— no es un camino de rosas. Pero también quería ahondar en el hastío de la vida urbana, de habitar un lugar tan despiadado y abarrotado, y sin embargo tan hermoso y embriagador. Esta novela corta es mi carta de amor a la ciudad.

Estoy entusiasmada de que Duermevela Ediciones brinde esta novela a los lectores de habla hispana, espero que encuentres muchas cosas que te gusten en esta pequeña historia.

Benjanun Sriduangkaew, 2023



LOS CUERVOS: SU PUERTA DEL DRAGÓN

Llegará el día en que se compongan canciones de amor sobre una pasión tan feroz que los frutos de mi vientre se convirtieron en soles; historias sobre nuestro cortejo, un incendio que abrasó el mundo.

Las crónicas celestes no son siempre de fiar. Son textos editados con cuidado, entregados a eruditos escogidos: es bueno recordar a los señores de la guerra —y, una vez cumplidos sus sueños imperiales, a los monarcas dados a denominarse a sí mismos hijos del cielo— que sobre ellos reina el paraíso, y que el paraíso lo gobierna un emperador eterno.

Se omitió mucho, se oscureció mucho. Al principio, casi todo fue debido a mi juventud.

El Huang He era nuevo, recién vomitado de la garganta de un dragón, rebosante de lagartos estomacales y peces con escamas tan gruesas como láminas de armadura. El calor me atrajo, como también debió atraerlo a él. Y así me encontré a Dijun en la orilla, abrazándose las rodillas como un niño, con la mirada perdida en el agua. En las palmas de sus manos estallaban llamas convertidas en monstruos que hacían cabriolas hasta el filo de sus uñas y se derramaban en la hierba, transformando el verde en un marrón negruzco.

Lo medí y lo observé enmarcado en mis manos. ¿Qué sabía de él por aquel entonces? Que era una rareza, como también podía considerárseme a mí; que no tenía lugar en la corte, sin

hermanos de juramento ganados a sangre y fuego. Esa carencia lo había condenado a no encontrar esposa, todas las mujeres lo miraban igual que a una excepcional filigrana de plata. Lo miraban, dejaban escapar un pequeño suspiro y apartaban la vista. Sin título y sin posición, ¿qué clase de marido podía ser?

Yo no pensé en títulos ni en posiciones.

Se percató de mi llegada y su sonrisa me intrigó, ya que estéticamente era muy agradable. En mi inexperiencia, confundí esa sensación con algo distinto; en mi inexperiencia, creí que la belleza era lo único que había.

—¿Quieres probar?

Me tendió la mano, en la que bestias de muchos ojos giraban de la muerte a la reencarnación, más puras cada vez, más refinadas en cada ciclo.

—¿Cómo lo supiste?

—Tu sombra se mueve a voluntad incluso cuando la luz del cielo está quieta. Los semejantes se atraen. —Dijun dudó—. Y ahora siento que no puedo apartar la mirada de tu resplandor.

Incliné la cabeza. Los hombres ofrecían halagos; las mujeres los aceptaban con gracia. Así eran las cosas. Nos estudiamos el uno al otro, él fascinado, yo por falta de algo que decir. Inmóvil como un retrato, plano como un retrato. Para escapar de ese cuadro, pensé en calor. Salió de mí en un estallido, una ráfaga convertida en dos alas que se multiplicaban, cuatro y luego diez.

Pensé que se uniría, mi alma gemela por naturaleza. Retrocedió.

—Eso es salvaje. ¿Nunca has aprendido a controlarte?

Hasta ese momento, nunca se me había ocurrido que aquello requiriera disciplina, no más que respirar o reír o buscar el rostro verdadero del cielo.

—No, ¿por qué habría de hacerlo?

Me miró con el ceño fruncido.

—Sin control, acarreará desastres. Podría quemar incluso a los inmortales. —Se inclinó muy cerca y me agarró por las muñecas; sentí su aliento en mis mejillas—. Deja que yo te enseñe.

Quise responderle: «no, nunca he quemado nada, a nadie». Quise decirle que no quería orientación, pues aquello era parte de mí, como lo eran mi lengua o mis pies, ¿por qué pretendía enseñarme cómo utilizarlos? No era ninguna criatura, ninguna niña.

Pero por algún motivo que no fui capaz de identificar hasta años después —años que se alargaban entre nosotros como nubes desplegadas bajo las ruedas de un carro— me quedé callada, fui silenciada y no fui capaz de poner reparos. Se lo permití, no pude apartarme del todo, dejé que me mostrara cómo persuadir a la llama y brindarle un orden que no necesitaba. Permití que me enseñara lo que yo ya comprendía.

Con el corazón latíendome en la garganta, me alejé de él frotándome los sitios donde me había tocado, las huellas de sus dedos en mis brazos.

De nuevo, eso también era fácil de confundir con una emoción totalmente distinta.



El invierno era el crepitar del aire contra mi piel, el siseo de la nieve evaporándose en mi cabello y un susurro en mis oídos: «Xihe, Xihe». Si hubiera tenido madre, me habría advertido: «Será tu vanidad la que te haga caer en la trampa de los

hombres, hija mía». Pero fui engendrada en los sueños de los pájaros y partí de ellos ya adulta, con la silueta de una mujer, sin infancia a mis espaldas ni vejez anterior que le prestara su sustancia.

Me habría gustado ser la hija de alguien, poder llamar tía a alguien. Pero solo me tenía a mí misma, mi yo más maduro, enseñando los dientes con su risa furiosa.

El invierno también era un refugio, ya que Dijun odiaba la estación. Cortejaba su propio estatus con más desesperación de lo que me cortejaba a mí y creía que el frío lo mermaría. No lo haría, pero ¿por qué iba a decírselo? Ese era mi lugar, mi paz.

En mi recogimiento, podría no haber visto a la niña. Si hubiera mirado hacia otro lado, si hubiera dado un paso a un lado en vez de hacia delante, si hubiera girado en un punto diferente... cualquiera de esas cosas, y la tormenta la habría tamizado, sepultando su suerte. Qué oportunidad tan nimia, qué vida tan frágil. Los humanos eran tan propensos a morir que era un milagro que lograran sobrevivir lo suficiente para cumplir su esperanza de vida, la fracción de una fracción de la mía.

Pieles en la nieve como animales caídos: estaba envuelta en capas y capas de piel, se había hecho un ovillo para retener el calor. Aparté los copos de sus mejillas y la levanté. Tan ligera, tan menuda, como si los mortales estuvieran hechos de una sustancia menos densa, menos real que la mía.

La guarida de un lobo. La bestia, madre de una camada, se cernía sobre mí incluso mientras dormía. Se despertó y nos hizo un hueco.

A petición mía, extendió una pata y cobijó a la chica en su barriga como si fuera un cachorro. Me fui y regresé con lichis de mi jardín, cultivados con fuego desde que eran una

semilla hasta que dieron fruto. Los pelé, les quité las semillas y alimenté aquella carne mortal con ellos, como si fueran carne, la pulpa como un licor, rojo sangre e igual de caliente.

La chica se despertó en mi regazo con la boca llena de dulzura, de una calidez que le palpitaba en la yugular camino del estómago. Sonrojada por el calor, había cambiado de tono. Rio a borbotones a través de labios agrietados.

—Nos dijeron que la muerte se parecería a un prado en verano, no a un lobo gigante y una mujer.

—No hay ningún prado —contesté cortante, y no le dije que la vida en el más allá era mucho más dura que la loba—. Y yo tampoco pertenezco al inframundo. Menudo insulto. ¿Qué hacías en la tormenta?

Se llamaba Lin y no creía que yo fuese real, con la garganta y la cabeza descubiertas y mis finas ropas de verano. Me rozó las trenzas con los pulgares, arrugó mis mangas con los puños y con la boca insistió en que no era más que un sueño febril.

Cuando aquello pasó, Lin contó su historia. Su madre era médico y estaba fuera, en el pueblo de al lado.

—Fui a buscar a madre. Cuando salí —dijo a la defensiva—, todavía no había empezado la ventisca. La hermana de mi amiga se puso muy enferma. Es la única familia que le queda a Jia.

¿Qué pensé yo? Tan solo que los dioses comenzaban a mostrar a la humanidad las artes de cazar y de crear, las ciencias de la artesanía y la escritura, mientras yo me mantenía al margen, sin darles nada. Tan solo que, tras su cháchara infantil, percibía una necesidad que temía ser descubierta, pero no por ello menos sincera.

—Te llevaré hasta allí —le dije, y, movida por mi orgullo, añadí—: porque no te he salvado solo para ver cómo te lanzas

en pos de la muerte bajo esta tormenta. Eso significaría una pérdida de mi tiempo y mi esfuerzo.

—Justo así es como suena una experiencia cercana a la muerte: como mi madre —replicó Lin con un resoplido—. Pero gracias. Creo.

No esperamos a que acabara la ventisca. Bajo la protección de mi calor no tenía nada que temer del invierno, y corrimos por la nieve. Me arremangué las faldas para seguirle el ritmo, con el viento cortándome las mejillas como cuchillas. Me llenaba los oídos con un batir de alas.

Eso era mejor que la paz.



Dijun me pidió que me casara con él en mi jardín, en el que criaba lirios de tigre con estambres dorados, mandarinas que crepitaban en la boca y estorninos que crecían gracias al grafito. Mi yo futura, transformada por la rabia en sagaz y madura, diría: cometiste un crimen contra ti misma por tener tanto, por amar tanto; si no hubieras hecho nada, si no hubieras amado nada, no habrías tenido nada que perder.

En aquel momento, volví mis especulaciones hacia el cielo. No al cielo que ven los mortales, que tienen cada chi concertado y estratificado por la topografía celestial. Su cielo tenía límites; el mío, que estaba muy por encima incluso de la corte celestial, era infinito y auténtico.

Los cielos no aparecieron en el discurso de Dijun, que fue su discurso de siempre. Encontrar un hueco en el conocimiento humano que otros inmortales no hubieran cubierto todavía —leyes, matrimonio, poesía— y de esa manera hacerse un